

Las mil y una muertes de la novela
Antonio Gómez Rufo
LA CLAVE- 17 agosto, 2001

Un año más, como viene sucediendo desde que las vanguardias de los años veinte la enterraron (Nietzsche también certificó la muerte de Dios), el calor de agosto ha vuelto a invitar al sesteo intelectual y Francisco Ayala, en un alarde de originalidad, ha declarado en un curso de verano que la novela ha muerto. Al día siguiente, en ambiente universitario también, Carlos García Gual contradujo al académico. El caso es debatir cuando las puestas de sol se alargan.

Por supuesto que la novela no ha muerto. La testarudez de los hechos indica que en el año 2000 se publicaron sólo en España once mil nuevos títulos, lo que al menos induce a pensar que hay demasiados escritores trabajando sobre la nada. ¿Serán los novelistas forenses que disfrutan con la ciencia criminológica de la autopsia o, más bien, buscadores de El Dorado de la ganancia fácil a través del negocio literario? No lo creo. Ayala tal vez quería decir que ya no hay nada nuevo que decir en narrativa, con el mismo desparpajo que dijeron en su día que el cine asesinaría al teatro y la televisión al cine (ya hay quien asegura que internet será el fin del libro como soporte, en fin...).

Es conocido que a medida que uno se va haciendo mayor se deja de leer novelas para adentrarse en el ensayo, en la historia y en la relectura de textos clásicos. Sucede a muchos, incluso nos ocurrirá a nosotros mismos, pero el creciente desprecio por las creaciones de nuestros contemporáneos no es motivo para manifestar, tan solemnemente, el deseo de acudir a un entierro. La curiosidad, ya se sabe, es patrimonio de la juventud, y cuando se está de vuelta (no porque se haya vivido mucho, sino porque se da la vuelta muy pronto), las opiniones de nuestros vecinos parecen oídas mil veces y aburren.

Sólo se puede afirmar que un arte ha muerto cuando se contempla desde el hastío o la indolencia. Quienes entienden el arte como compromiso, la literatura como una herramienta para cambiar el mundo, la cultura como un instrumento revolucionario, no pueden creer en su muerte si ya no nos moviliza. Porque no es la novela lo que se descompromete, sino nosotros a pesar de su lectura. Otra cosa es que, desgraciadamente, el mercado del libro busque sólo ventas fáciles y textos de evasión, pero mientras se escriba con intención, pasión y corrección, la novela seguirá viva.

En todo caso, convendría que las viejas glorias cansadas nos diesen noticia de la fecha exacta del óbito. ¿Fue con García Márquez, con Faulkner, con Cela, con Clarín, con Pérez Galdós, con Dostoiewski...? ¿O conviene retroceder un poco más? Tal vez lo que se dice es que ha muerto este año, o este mismo verano. Yo no logro ponerle fecha.

Como dice García Gual, quizá la novela no sea capaz de transmitir la violencia de nuestra época con el realismo del cine, la televisión o los periódicos. Pero cada medio tiene su finalidad y el de la novela, desde siempre, fue el compromiso o el entretenimiento. Para quien no logre entretenerse o no se identifique con su denuncia, la novela estará muerta. Para todos los demás, no.